

sido el punto de partida de asociaciones; ahora voy á ocuparme en investigar cuál ha debido ser la consecuencia para la mentalidad hereditaria de los hombres y de los animales sociales, del hecho de haber vivido en sociedad durante un gran número de generaciones.

CAPITULO XIV

LOS CARACTERES ADQUIRIDOS Y LA GÉNESIS DE LO ABSOLUTO

§ 43.—La fraternidad.

En una lucha diaria contra terribles enemigos, los hombres, sobre todo si estaban en pequeño número en un cantón, han debido considerarse unos á otros como útiles aliados; la vida de cada uno de los asociados se ha hecho preciosa para los demás, y á pesar de los rasgos de egoísmo feroz que en caso de contienda han podido llevar á terribles dramas, la asociación cotidiana ha debido crear poco á poco en la mentalidad de la especie un hábito que ha llegado á ser independiente de las condiciones económicas: la fraternidad ó amor al prójimo.

Éste es uno de los fenómenos más curiosos de la historia de los seres vivos, *la génesis por un hábito prolongado y hereditario de un SENTIMIENTO que forma parte integrante del mecanismo de los individuos, y que existe, por consecuencia, en ellos independientemente de las condiciones mismas en las cuales se ha creado este hábito.*

He insistido precedentemente sobre el más notable de estos ejemplos, la génesis, por la experiencia prolongada de la pesantez, de la idea de caída, ó si se prefiere, del sentimiento de caída que acaba por existir en la mentalidad del hombre independientemente de sus relaciones con la Tierra, y que constituye, por consecuencia, en nuestra mentalidad innata, el error de la creencia en el valor *absoluto* de la palabra *caer*. Monsieur Bergson llega hasta tomar como punto de partida de su metafísica la idea de movimiento que ha nacido en nosotros de nuestra experiencia del movimiento relativo de los cuerpos con relación á nosotros, pero que ha acabado por existir en *nosotros*, y que nos da también la creencia errónea de nuestro conocimiento del movimiento absoluto.

En el fondo, ésta es la propia definición de lo que en biología se llama un *carácter adquirido*.

Si bajo la influencia de ciertas condiciones pasajeras se produce cierta modificación pasajera también en un organismo, esta modificación desaparecerá cuando haya desaparecido el conjunto de condiciones que la han creado, y no será esto, hablando con propiedad, un *carácter adquirido*. Pero si las mismas condiciones se realizan durante largo tiempo, durante un gran número de generaciones de la especie estudiada, el carácter definitivamente adquirido, fijado en la herencia de la especie, se manifiesta en seguida en los individuos de esta especie **independientemente**

diamente de las condiciones exteriores en las cuales ha sido adquirido; este carácter resultante de las RELACIONES prolongadas de un individuo con un medio, y teniendo, por tanto, un valor *relativo*, se transmitirá á los individuos ulteriores de la especie **con el aspecto de un carácter absoluto**. Ésta es la historia de toda la metafísica.

El niño que no ha tenido aún tiempo de corregir por la experiencia personal de la relatividad de su conocimiento del mundo, la ilusión de absoluto que le dan sus ideas innatas, es, pues, forzosamente metafísico; muchas personas lo siguen siendo toda su vida, salvo tal vez en cuanto á algunos errores demasiado groseros, como, por ejemplo, acerca del valor absoluto de la palabra *caer*. ¡Aun Chateaubriand ha hablado después del Dante de la lluvia que, observada desde el borde del mundo, cae gota á gota en el infinito!

La transformación en ideas innatas, cuyo aspecto absoluto es fatal, de ciertas conquistas de la experiencia originaria (experiencia quiere decir relación), explica el desacuerdo que en nuestros días se manifiesta entre los que creen en la moral absoluta y los que pretenden basarla sobre la utilidad.

Se trata, pues, de ponerse de acuerdo sobre las palabras.

Si se define la moral como el conjunto de leyes á las cuales deben someterse los individuos que viven en sociedad, es evidente que la mejor

moral será aquella que haga al individuo lo más dichoso posible en la sociedad más próspera posible; será preciso que esta moral haga el más ventajoso reparto entre las concesiones que el individuo debe hacer á la sociedad y las que ésta debe hacer al individuo. Esta moral estará, pues, basada sobre la utilidad, sin lo cual sería mala.

Pero cuando se habla de moral se piensa generalmente en la moral innata que cada uno lleva en sí y que le permite apreciar en cada caso el *bien* y el *mal* independientemente de su utilidad inmediata, que le dicta, en una palabra, su *deber*, sin ningún propósito de utilidad actual. Esta *conciencia moral* que existe en cada uno de nosotros, tanto por herencia como por tradición, tiene el aspecto metafísico de los caracteres adquiridos, fijados en las especies **independientemente de las circunstancias que han determinado su adquisición.**

Cada uno de nosotros cree, pues, que hay un *bien* y un *mal* absolutos, independientes de las contingencias. La idea de *deber* es, en nuestra conciencia moral, generalmente opuesta á lo que las circunstancias exteriores nos muestran ser para nosotros de un interés inmediato, y esto es precisamente lo que objetan los metafísicos á los partidarios de la moral por interés. No habría ninguna dificultad en resolver este punto si se distinguiera la *moral* tal como la hemos definido, de la *conciencia moral*, carácter

adquirido de nuestros antepasados. Y puesto que las condiciones de la vida de los hombres han *cambiado*, sería muy posible que si los sabios llegaran á establecer hoy la moral más ventajosa para la dicha de los individuos en una sociedad próspera, esta moral se encontrase en contradicción, en un gran número de puntos, con las enseñanzas de nuestra conciencia moral hereditaria.

Pero entonces no sería buena, porque el hombre actual es un compuesto de mecanismos que todos, útiles ó perjudiciales, forman con el mismo título parte de su individuo. Si el hombre para ser feliz necesita alimentarse confortablemente, no sufrir frío, etc., también necesita tener la *conciencia tranquila*, y, por consiguiente, una moral que al mismo tiempo que le asegure las condiciones económicas más ventajosas chocase de frente con alguna de sus ideas innatas más queridas, no podría asegurar su dicha.

El hombre es, según se ha dicho, un animal extraño; tal vez otros animales sociales son como él un conjunto de contradicciones; esto se comprendería fácilmente si en su historia originaria se hubieran producido grandes cambios en las condiciones económicas. De todos modos, el problema de los legisladores es asegurar al hombre, *tal como es*, las mayores probabilidades posibles de felicidad. Sin embargo, si se hiciera evidente que ciertos caracteres del organismo humano son francamente nocivos á la prosperidad social, se podría proponer el intento de hacerlos

desaparecer, y ésta es una obra revolucionaria.

Cada uno de nosotros puede proponerse é intentar sobre sí mismo esta operación; el desarrollo de la lógica por la educación científica permite, en efecto, á algunos *razonar* sus sentimientos, en vez de atribuirles un valor absoluto y de no tenerlos en cuenta sino con relación á las circunstancias; mas á pesar de la fuerza de la lógica, hay un conflicto doloroso entre la tendencia razonada y la tendencia sentimental. El medio de evitar este conflicto en lo porvenir sería no desarrollar en el niño, por la educación, las partes de la conciencia moral que nos parecen hoy contrarias á la sana razón; porque no debemos ocultarnos que estas viejas costumbres, que han llegado á ser nuestros más tiránicos sentimientos, si en una gran parte nos han sido transmitidas sin duda alguna de un modo hereditario, nos son además inculcadas en la juventud por nuestros mayores; la tradición se añade á la herencia de tal modo que no podemos saber cuál es, en la génesis de nuestros sentimientos individuales, la parte que corresponde á uno ó á otro de estos factores.

Mas para lograr que la educación de los niños se hiciera de este modo lógico, sería preciso primero convencer á todos los hombres de nuestra generación de lo absurdo de ciertos sentimientos á los cuales están muy aferrados, por lo mismo que son absurdos, y si el conflicto se manifiesta doloroso en la mentalidad del hombre

instruído que llega á razonar sus sentimientos, se manifestará probablemente más agudo aún entre los ignorantes amigos de la tradición y los sabios revolucionarios.

No tengo para qué buscar en este libro remedios al actual estado de cosas, sin exponer cómo, en mi concepto, las influencias originarias nos han hecho lo que somos, tanto por herencia como por tradición. Y si se quiere admitir lo que he tratado de establecer hace poco con motivo del aspecto metafísico que hasta por definición toman los caracteres realmente adquiridos, creo que será posible no ser dificultado por las discusiones de los partidarios de la moral absoluta y los campeones de la moral del interés.

La moral absoluta es el resultado de la fijación en nuestro organismo de una moral basada en otro tiempo sobre el interés, y que puede estar hoy en desacuerdo, á causa del cambio de las circunstancias, con el interés individual ó social; eso es lo que yo quería haber demostrado en este capítulo.

§ 44.—El sentimiento religioso.

La invención de los dioses (1) ha dado una forma particular á la noción humana del bien y del mal. Estas entidades directoras han sido do-

(1) Véase el § 39.

tadas por nosotros los hombres de una conciencia moral calcada sobre la nuestra, y han llegado á ser, naturalmente, los árbitros de los méritos de los hombres. En otros términos: una vez que, por fijación progresiva en nuestra herencia, ciertas necesidades utilitarias contingentes han adquirido el carácter metafísico de entidades absolutas, cuando han llegado á ser de la misma naturaleza que los dioses, la observancia de sus mandatos ha tomado un carácter religioso, se ha tenido miedo, al desobedecer las órdenes de la conciencia moral, de desagradar á los dioses, árbitros del bien y del mal.

Realmente, los mandatos de los dioses han comprendido, en todos los pueblos, las más importantes leyes sociales. Es verdad que con estas leyes sociales, y aun siempre *antes* que ellas, había en estos mandamientos artículos relativos al mismo miedo que inspiraban los dioses; era preciso, en *primer lugar*, adorar á los dioses, halagarles y ofrecerles sacrificios para que fueran favorables, propicios, como jueces vendidos. Mediante el beneficio que obtenían de esta primera parte del programa, los sacerdotes se encargaban con gusto de vigilar á los demás y consideraban como un crimen punible una infracción á las leyes de la sociedad. No hay para qué decir que entre un hombre honrado impío y un piadoso ladrón no vacilaban generalmente, á menos de ser, por casualidad, ellos mismos, modelos de probidad.

Sea como fuere, el sentimiento moral y el religioso se han confundido fácilmente á causa de su común naturaleza, y ésta es la razón de que tantas personas crean actualmente en la imposibilidad de una moral sin religión (1). Lo repito, todo es cuestión de nombres; la moral es el conjunto de las leyes de la sociedad; estas leyes son buenas ó malas según tienen ó no por resultado el máximo de dicha individual con el máximo de prosperidad social; cualquiera puede discutirla y proponerse, si encuentra algo mejor, hacerlo aceptar por sus congéneres; pero mientras las leyes están en vigor, se expone, no sometiéndose á ellas, á represalias de parte de aquellos que las aceptan.

No hay imperativo que ordene la obediencia á las leyes; sólo la ley del más fuerte es la que hace que ciertos individuos, encontrándose bien con el régimen actual, le impongan á aquellos que, encontrándose mal con él, tratan de derribarlo. Sucede, sin embargo, que el sentimiento religioso está forzosamente siempre de acuerdo con el régimen que ha estado mucho tiempo en vigor, porque si la conciencia moral resulta de la fijación del hábito de una legislación determinada, es precisamente en esta legislación donde los hombres han tomado los elementos

(1) Los santos laicos como Littré son, es cierto, bastante raros, pero su existencia debia bastar para demostrar que el altruismo es independiente de la fe.

con los cuales han definido la voluntad de los dioses.

En una sociedad cualquiera la religión es, pues, la guardiana de la tradición, y por eso los revolucionarios tienen siempre necesidad de luchar contra las religiones. Además, si un revolucionario triunfase, sería sustituyendo una religión por otra, como hizo Jesucristo, porque, para los hombres ignorantes, la forma de ley más fácil de comprender y de aplicar es la que toma la forma religiosa y que, por consecuencia, explota un miedo irracional, más poderoso que el temor al gendarme. La historia del Cristianismo es además muy curiosa á este respecto, porque si su fundador ha sido un revolucionario en toda la fuerza de la palabra, sabido es cómo sus sucesores han encontrado el medio de servirse de la fórmula cristiana para conservar (tal vez con una apariencia algo diferente) las partes de la antigua legislación más opuestas á la doctrina de Jesucristo. Ésta era sin duda una condición de vida para la nueva religión, porque no se borran en algunos días hábitos seculares, y merced á estos compromisos que han asegurado veinte siglos de existencia á la religión cristiana, luchan hoy contra los mandatos de esta religión revolucionarios que tienen en muchos puntos el mismo programa que Jesucristo.

§ 46.—La justicia.

El papel de las concepciones metafísicas en las reivindicaciones sociales es evidente.

Los revolucionarios se agitan en nombre de un *ideal de justicia*; conviene preguntarse cuál es, en los fenómenos originarios, el punto de partida de esta noción de lo justo y de lo injusto que, en la conciencia de todos, es tan absoluta como la del bien y del mal.

La justicia es el respeto á los *derechos* de todos; pero ¿de dónde ha podido provenir esta noción de los derechos individuales? El único derecho que conoce la Biología es el del más fuerte, ó, precisando más, del más *apto*; pero aun en esto no hay más que una definición *a posteriori*; cuando vemos que un individuo ha prosperado en donde otros individuos han muerto, declaramos, sin temor á equivocarnos, que era más *apto* que los otros para prosperar en las condiciones estudiadas. Pero á cada instante observamos que mueren seres en donde otros continúan viviendo, y que, por consecuencia, las aptitudes de los seres son *diferentes*; en otros términos, lo que encontramos más evidente en la observación de la Naturaleza es que los seres son *desiguales*.

Los lobos se comen á los corderos, los corderos comen la hierba; la desigualdad existe en

todas partes, y los fenómenos naturales son conflictos de egoísmo; no tenemos ninguna razón para decir que la hierba tiene *derecho* á vivir, que el cordero tiene ese mismo derecho; éstas son palabras que no corresponden á nada real, y de las cuales, sin embargo, muchos literatos han hecho frases rimbombantes: porque es evidente que si el lobo tiene *derecho* á vivir, no puede ejercitar este derecho sino á condición de no respetar el mismo derecho en los corderos, que á su vez no le respetan en la hierba de que se nutren.

La lucha por la existencia es la negación de la igualdad de derechos, ó, si se prefiere, la afirmación del derecho del más fuerte. Por consecuencia, si encontramos una significación real á la noción metafísica de *justicia* y *derecho*, no podremos extenderla al conjunto de los seres vivos; es, en efecto, como vamos á verlo, una noción puramente humana; pero, de igual modo que las nociones *adquiridas* y transmitidas hereditariamente, adquiere, como hemos explicado hace poco, un carácter absoluto. Nos admiramos de ver después de esto que la *justicia inmanente* de que hemos dotado al Universo no sea respetada en el conjunto de los seres vivos.

No es, evidentemente, de la vida individual ó egoísta de donde ha podido proceder la noción de *justicia*, con la cual está en patente contradicción; es todavía una resultante de la vida social, prolongada durante un número considera-

ble de generaciones. Luego si imaginamos las sociedades primitivas sobre el modelo de nuestras sociedades modernas, debemos ver que es muy difícil encontrar en ellas una igualdad de derechos individuales capaces de servir de punto de partida al establecimiento de una noción de justicia. Los individuos son diferentes, tienen diferentes aptitudes y se encuentran, además, colocados por el azar del nacimiento en condiciones de desigualdad de lucha, que deben hacer sangrar el corazón de un observador impregnado de justicia social. Cuando más son, en algunos países al menos, casi iguales ante la muerte, es decir, que la muerte de un hombre está prohibida, por miserable que éste sea.

Es verosímil que las desigualdades entre los hombres siempre hayan sido muy notables; pero concebimos fácilmente que en una agrupación formada por cierto número de individuos haya habido utilidad para todos en no dificultar, y aun en favorecer, el trabajo, *útil á la agrupación*, de cualquiera de sus miembros. Aprovechando cada cual el trabajo de todos, el egoísmo de cada uno encontraba una ventaja en este régimen altruísta; además, como las luchas intestinas representaban tantas pérdidas para la comunidad, á causa del despilfarro de energías utilizables, un convenio tácito (tal vez mantenido por medio de sanciones penales instituídas por los ancianos de la agrupación) hizo que todos respetaran, recíprocamente, el egoísmo de su vecino. Del há-

bito prolongado de este respeto al egoísmo individual, ha nacido poco á poco en la mentalidad de los hombres (y probablemente de todos los animales sociales) la noción metafísica de los *derechos* de los individuos y de la *justicia* ó respeto á estos derechos.

Como hemos visto precedentemente, esta noción metafísica con su carácter absoluto se ha hecho independiente de las contingencias, y aun ha adquirido en su forma hereditaria un rigor que jamás tuvo al comienzo de su historia; la noción de la *igualdad* de los hombres ha nacido poco á poco del hábito de respetar el egoísmo de cada uno en una sociedad en la que todos los miembros eran forzosamente desiguales (1).

En el curso de los siglos, esta noción metafísica de igualdad, limitada al principio á los miembros de un clan, ha concluido por tomar en el cerebro humano un carácter definitivamente absoluto, y por ser aplicada á todos los hombres, cualesquiera que éstos sean. El altruismo de algunos de nosotros va aún más lejos y se extiende hasta á los animales, cuya explotación es necesaria á la vida del hombre; hay personas que no quieren comer carne porque tienen el sentimiento del respeto absoluto de la vida; si tal

(1) En otro orden de ideas, he demostrado en otra parte (*Les lois naturelles*), que la observación prolongada de casos aproximados de determinismo ha hecho nacer en el hombre la noción saludable del determinismo absoluto.

sentimentalismo se manifestara en los lobos, se acabaría la especie; si el respeto á la vida se extendiera en los vegetarianos á la vida de los vegetales, morirían de hambre. Así, pues, la transformación de la vida en sentimiento metafísico de un pacto que primitivamente sólo se refería á la protección del egoísmo, puede llegar por último á amenazar á este propio egoísmo.

No debemos lamentar demasiado el desarrollo progresivo de esta sensiblería en ciertos individuos, porque no hay que olvidar que si se manifiestan sentimientos altruistas en todos los animales que han vivido mucho tiempo en sociedad, coexisten con sentimientos egoístas tan vigorosos por lo menos y más antiguos. El proverbio «la caridad bien ordenada comienza por uno mismo», establece los derechos imprescriptibles del egoísmo, y si en algunos individuos el egoísmo está un poco exagerado, no es malo que en otros lo sea igualmente el altruismo.

«Para obtener de los hombres el simple deber, ha dicho Renan, hay que señalarles el ejemplo de aquellos que se exceden de él; la moral se mantiene por los héroes.» En cada uno de nosotros hay tendencias antagónicas más ó menos fuertes, según los azares de nuestro nacimiento: el egoísmo y el altruismo, y en cada caso procedemos después de haber tenido en cuenta, según nuestra naturaleza y en la medida que nos conviene, cada una de estas dos tendencias. El resultado del conflicto entre las dos tendencias es va-